

CAPÍTULO I

EL ESCENARIO, DISPUESTO PARA LA GUERRA. ANTECEDENTES DE LA CONTIENDA

Zumba la metralla, explotan las bombas, y pueblos y aldeas se derrumban, convertidos en escombros ensangrentados. En las ciudades, los altos edificios se bambolean ante enormes cráteres. Dos grandes ejércitos siembran la muerte entre sus respectivas filas con los más modernos instrumentos bélicos. La tierra apesta por la putrefacción de miles y miles de fétidos cuerpos amontonados. Los hospitales están atiborrados de hombres, mujeres y niños hechos pedazos. El hambre, la miseria y el miedo acechan al país. La guerra española trae la tragedia y la desolación.

A mediados de julio del año 1936, el estallido de la guerra en España cogió por sorpresa a casi todo el resto del mundo. Existían señales que no dejaban lugar a dudas de que se preparaba una lucha decisiva entre derechas e izquierdas, pero la actitud general era de no tomarlas en cuenta o de ignorarlas. ¿Acaso no se estaban fraguando continuamente revoluciones en los países latinos? ¿Y qué, si alguna llegaba a producirse? Dos o tres días para que se desahogasen y, luego, vuelta a la paz. Los eternos choques entre los de «fuera» y los de «dentro» aburrían ya a los lectores.

Había habido gran variedad de rumores inquietantes, pero los corresponsales extranjeros y demás observadores de la situación española no eran capaces de achacarlos a nada que remotamente los definiese en su justa medida.

Los avezados seguidores de la política latina saben por experiencia que los conflictos que se vaticinan rara vez se materializan. Las grandes noticias procedentes de países latinos casi nunca son publicadas. En lo concerniente a rumores, los corresponsales en Madrid se mostraban decididamente escépticos y evitaban cuidadosamente caer en la trampa de profundizar en la gran cantidad de rumores que circulaban por la capital española.

Incluso el presidente Manuel Azaña rehusó tomar en consideración las advertencias basadas en los rumores que corrían por Madrid antes de estallar la guerra. El embajador americano Claude G. Bowers, periodista antes de ingresar en la diplomacia, se negó a concederles importancia alguna. Había desembocado en un callejón sin salida al querer seguir la pista a los muchos informes alarmantes que llegaban a sus oídos.

Afortunadamente, las muchas amistades con que yo contaba entre grupos de todas las tendencias políticas me permitieron tener una visión exacta de los acontecimientos que dieron lugar al presente conflicto. Uno de estos afortunados contactos me permitió escribir para la *Associated Press* lo más aproximado a un vaticinio de lo que podría suceder. Por haber prometido guardar el secreto a mi informante, que era nada menos que el dirigente derechista José María Gil Robles, sólo pude insinuar en mi crónica algo que, según él me aseguró, estaba a punto de suceder. Sin embargo, la información era propiedad de mi agencia en Madrid, y nos preparamos cuidadosamente para «algo gordo», de lo que no teníamos medio de conocer todo su alcance. El mismo Gil Robles no lo sospechaba en aquel entonces.

Pero un incidente imprevisto e imprevisible vino a dar al traste

con todos nuestros cálculos más aproximados, y puso un océano entre España y yo cuando tuvo lugar el gran acontecimiento que estábamos esperando: el levantamiento del Ejército contra el gobierno del Frente Popular recientemente elegido.

Nosotros, los del cuerpo de corresponsales habitualmente destinados en Madrid, habíamos visto llover mucho en la política durante los años que permanecimos allí. Las complicaciones que surgían, debidas a la existencia de veintinueve partidos definidos y distintos, rara vez hallaban eco en la prensa norteamericana, pero nosotros teníamos que estudiarlos e informar de ellos detalladamente a nuestros colegas de América Central y América del Sur.

En los tres años y medio que precedieron a la guerra, en los que trabajé como corresponsal en España, se habían sucedido veintiocho crisis de gobierno, algunas de ellas totales, con renovaciones ministeriales completas, y otras parciales que implicaban un remozamiento del gobierno a medida que el péndulo político se balanceaba entre la derecha y la izquierda. Entonces no nos dábamos cuenta, pero los sucesos que relatábamos en nuestras crónicas durante aquellos años turbulentos eran otros tantos escalones que conducían a la guerra. Una breve revisión a alguna de ellas pone de manifiesto cuán inevitable era la suprema y decisiva prueba para lograr el dominio de España.

Casi dos años antes de ser yo destinado a España, había sido derrocada la Monarquía y proclamada la nueva República Española. Aquellos que, personalmente, habían tomado parte activa en la transición estaban aún en la cúspide del poder cuando yo llegué a Madrid, el 13 de febrero de 1933.

Los avezados seguidores de la política latina saben por experiencia que los conflictos que se vaticinan rara vez se materializan. Las grandes noticias procedentes de países latinos casi nunca son publicadas

De ellos, Manuel Azaña y Alejandro Lerroux eran los más notables. Ambos eran republicanos convencidos. Azaña era entonces presidente del Consejo de Ministros, y Lerroux, el venerado jefe del mal llamado Partido Radical Republicano. Los métodos izquierdistas de Azaña estaban en consonancia con los del gobierno socialista-republicano que presidía, pero el republicanismo de Lerroux era el de 1874. Se le hacía difícil reconciliar la nueva República con la vieja, pero lo intentaba.

La II República había empezado su carrera en una época de lo menos propicia. La depresión mundial estaba comenzando a trastornar la aislada economía del país. La resultante inquietud entre las clases obreras había convertido España en campo abonado y propicio para la propaganda subversiva. El gobierno de Azaña se veía en aprietos para mantener el orden. Hubo una ola de huelgas, violencias, quema de iglesias y otros desórdenes. Prácticamente todas las noticias que salían de España durante mis primeros nueve meses se referían a estos desórdenes. Cada nuevo día veía una nueva forma de violencia —algún sector de la industria paralizado, o más sangre derramada—. Rex Smith, entonces director de la *Associated Press* en Madrid, comentó con bastante acierto que nos ahorraríamos tiempo y dinero si «fabricáramos» impresos y nos limitásemos a enviarlos a Nueva York refiriéndonos a ellos mediante números para indicar las repeticiones de violencia.

El gobierno de Azaña se vio obligado a utilizar severas medidas para apaciguar los desórdenes. Uno de estos incidentes provocó su caída. Trece anarquistas, que se habían hecho fuertes en la choza de un anarquista apodado *Seisdedos*, en el pueblo de Casas Viejas, dispararon contra la policía. El jefe del puesto pidió a Madrid instrucciones. El ministro de Gobernación cursó órdenes al efecto de que el lugar fuese despejado: «No queremos ni heridos ni prisioneros». La policía interpretó dichas órdenes literalmente. Ni uno solo de los trece escapó con vida.

La extrema izquierda hizo de Casas Viejas su grito de guerra. Los trece hombres que habían sucumbido ante los disparos de la policía se convirtieron en mártires. La opinión pública se enardeció tanto que, siguiendo la tradición española, desembocó en reacción. La coalición centro-derecha, del entonces desconocido periodista José María Gil Robles, ganó limpiamente las elecciones de noviembre de 1933. Azaña fue derrocado. Gil Robles, en virtud de ostentar la jefatura de la mayor minoría parlamentaria —el grupo de Acción Popular, con 112 de los 473 escaños de las Cortes—, fue el primero en sucederle. Pero el presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora, a pesar de ser un decidido católico, no consideró oportuno estimular en ese momento una tendencia derechista en el Parlamento. En su lugar nombró al veterano Lerroux para cubrir el puesto de presidente del Consejo de Ministros.

Sin embargo, como Gil Robles insistía en que su partido tuviese representación en el Gabinete, les fueron otorgados cargos a dos «populistas». Los de la izquierda protestaron con acritud ante esta inclusión del clan de Gil Robles en el gobierno. El mes de diciembre fue testigo de manifestaciones en Cataluña, Aragón y sectores de Andalucía. Estos levantamientos fueron prontamente reprimidos, pero la extrema izquierda no ocultaba que se estaba preparando un alzamiento de grandes proporciones. Algún tiempo más tarde, el descubrimiento de grandes arsenales ocultos en puntos estratégicos confirmaron los rumores que corrían de que se estaba fraguando una revolución. Uno de los mayores escondites de armas se halló bajo los asientos de graderío en la Ciudad Universitaria de Madrid, que, dos años más tarde, se convertiría en campo de batalla.

Entonces no nos dábamos cuenta, pero los sucesos que relatábamos en nuestras crónicas durante aquellos años turbulentos eran otros tantos escalones que conducían a la guerra

El 6 de octubre de 1934 la izquierda, utilizando la fuerza, hizo un intento de hacerse con el poder. Se anunció una huelga general revolucionaria. La señal para la sublevación estaba dada. Ésta se centró en Asturias, donde cientos de mineros extremistas

Oviedo, la antigua capital del pequeño principado de Asturias, sufrió duramente todo el tiempo que la bandera roja ondeó en ella. El informe oficial refleja 1.335 muertos

habían establecido un «soviet», y en Barcelona, donde Lluís Companys, el fanfarrón presidente del gobierno semi-autónomo catalán, intentó instaurar una república independiente dentro de un gobierno federal. Pero el ministro de la Guerra, Diego Hidalgo, hizo intervenir al ejército y, antes de cuarenta y ocho horas, aplastaron el movimiento de Companys. Yo presencié, como corresponsal,

la toma del edificio atrincherado de la Generalitat, después de un viaje de más de seiscientos kilómetros desde Madrid en un taxi, el único medio de transporte que pude hallar. La huelga había afectado a los servicios ferroviarios, aéreos y por carretera, pero un chófer aceptó el riesgo mediante el doble de la tarifa normal. Nuestro vehículo fue blanco de disparos al atravesar Zaragoza y más tarde, al pasar por un semillero de extremistas, pero no nos alcanzaron.

La rebelión en Asturias revistió caracteres mucho más serios. Se tardó quince días en restaurar el orden en Oviedo y las localidades vecinas. La lucha en las montañas duró unas cuantas semanas más. Nuestro corresponsal en Oviedo se unió a los rebeldes al principio y se olvidó de mandarnos noticias. Lo último que supimos de él fue que se había refugiado en las montañas en un desesperado intento de resistencia. Debió de perder allí la vida, pues no hemos vuelto a tener noticias de él. Nuestros reportajes los suministró Arturo Cardona, un veterano de nuestras filas que se marchó con los legionarios. Oviedo, la antigua capital del pequeño

principado de Asturias, sufrió duramente todo el tiempo que la bandera roja ondeó en ella. El informe oficial refleja 1.335 muertos, y es tres veces superior el número de heridos. El sector industrial de la ciudad quedó reducido a escombros. Setecientos treinta edificios fueron destruidos, algunos por la artillería del gobierno, pero la mayor parte de ellos sucumbió a manos de los incendiarios. Da idea de la cantidad de armas que habían entrado en España para la rebelión el hecho de que, solamente en Asturias, las fuerzas gubernamentales capturaron cerca de 90.000 armas largas, 33.000 pistolas y revólveres y alrededor de 500.000 cartuchos.

En Madrid hubo desórdenes esporádicos, pero no levantamiento organizado. Los disparos desde los tejados eran continuos, contestados por las tropas desde la calle, pero hubo pocas bajas. Una noche, el tiroteo se hizo tan insistente que temimos que en Madrid se repitiera lo de Oviedo. Smith pidió un voluntario para que fuese a la Embajada americana; necesitábamos una bandera para proteger nuestra oficina en caso de ser asaltados por las turbas que se manifestaban en diversos sectores de la ciudad. Yo, como era soltero, me ofrecí a ello, aunque no sin gran preocupación, pues, al no funcionar ningún medio de transporte, significaba caminar casi dos kilómetros por el Paseo de la Castellana, donde el tiroteo era más encarnizado. Los peatones tenían que llevar los brazos en alto. Los míos me pesaban como si fueran de plomo cuando llegué a la Embajada.

El embajador Bowers me había preparado una bandera de buen tamaño, envuelta en papel y atada con una cuerda. Me deseó suerte cuando inicié mi regreso a nuestra oficina, en la calle de Mejía Lequerica. Fui detenido tres veces por los guardias de asalto, que examinaron detenidamente mi paquete antes de permitirme seguir mi camino. Hacía un rato que en aquella misma calle habían detenido a dos mujeres, y resultó que las cestas de la compra que llevaban estaban llenas de bombas.

Cuando por fin llegué a la oficina, donde mis colegas me aguardaban ansiosos, respiré de alivio. Me irritó sobremanera que la situación se apaciguara al siguiente día, por lo que no tuvimos, después de todo, necesidad de utilizar la bandera. De todas formas, esta bandera hubo de sernos muy útil más adelante, así que mi paseo no fue en vano. Fue, de hecho, lo único que nos salvó de ser confundidos con un escondite clandestino dos años después, durante los primeros días de la guerra.

Después del levantamiento de octubre, el primer paso que dio el gobierno para restablecer el orden en Madrid fue hacer que los empleados de transportes se reintegraran a su trabajo, y cuando éstos se negaban, el Ejército y los guardias de asalto se hacían cargo del transporte y de mantener funcionando los grupos generadores. Como algunos autobuses y tranvías habían sido incendiados por los extremistas utilizando botellas con bencina, los militares no se fiaban de ningún pasajero y, así, las circunstancias cobradores sostenían en una mano su pistola de reglamento mientras con la otra cobraban el importe del trayecto. En la plataforma delantera y en la posterior iban soldados armados con fusil.

Ocurrieron muchos incidentes graciosos producidos por la ignorancia de los jóvenes soldados y guardias de asalto respecto al recorrido que sus respectivos autobuses y tranvías debían seguir. Los que vivían en Madrid conocían los itinerarios, pero no así los procedentes de provincias. Yo subí a un tranvía una noche en la Gran Vía y, durante diez minutos, permanecimos detenidos en el cruce de Cibeles mientras que la improvisada «tripulación» discutía sobre si deberían conducir el vehículo en dirección este, por la calle de Alcalá, o, por el contrario, tomar hacia el norte por la Castellana. Al final resolvieron la cuestión interrogando a los pasajeros. Otra noche, cuando me dirigía a casa de un amigo mío en la calle de Velázquez, le pregunté al joven

policía conductor del tranvía si subiría por la calle de Goya. «No tengo ni idea; ya se decidirá cuando lleguemos», me contestó con una carcajada.

Fueron encarcelados cerca de treinta mil izquierdistas por participar en la rebelión de octubre. Entre ellos se hallaba Francisco Largo Caballero, de sesenta y tres años de edad, dirigente del Partido Socialista Obrero Español y presidente de la Unión General de Trabajadores (UGT). Era el presunto principal instigador del movimiento. A Largo le encontraron en su casa detrás de un armario. Indalecio Prieto, el fogoso orador vasco a quien se le imputaba el haber encabezado la rebelión de Asturias, hizo honor a su reputación de ser el máximo artífice en evasiones de toda España. Existen varias versiones de cómo se las ingenió para cruzar la frontera cuando presentía que el ambiente se calentaba demasiado. Se dice que en una ocasión burló a la policía de fronteras disfrazándose de mujer. En otra, según relata la historia, utilizó una sotana de sacerdote para disimular sus generosos contornos. Y en esta ocasión, de acuerdo con la versión de fuentes autorizadas, entró en Francia haciéndose pasar por un toro.

Normalmente, las corridas son de seis toros, excepto en algunos casos en que el número se eleva a ocho. Siempre se lleva un toro más para el caso en que alguno de los otros quede cojo durante el traslado, o por si resulta manso en el ruedo. Con destino a una corrida que iba a tener lugar en Francia, pasaron por la frontera de Hendaya siete jaulas de toros —enormes cajones muy reforzados— coincidiendo precisamente con la desaparición de Prieto. Cuenta la leyenda que éste logró sobornar a alguien para

A Largo le encontraron en su casa detrás de un armario. Indalecio Prieto, el fogoso orador vasco a quien se le imputaba el haber encabezado la rebelión de Asturias, hizo honor a su reputación de ser el máximo artífice en evasiones de toda España

que le permitiera ocupar el séptimo cajón, haciendo que el toro de repuesto se quedase en casa.¹

Hacia primeros de noviembre de 1934 empezó a reinar en todo el territorio español una relativa calma. Todavía persistían desórdenes en pequeña escala, pero nada comparable a la violencia que había caracterizado los meses precedentes. Gil Robles solicitó y obtuvo un puesto en el nuevo gobierno de Alejandro Lerroux. Y no sólo un puesto, sino precisamente el que deseaba: el Ministerio de la Guerra. Como ministro de la Guerra gobernó con mano férrea. La violencia desapareció de España durante todo el año siguiente, y la izquierda, muy afectada por su derrota de octubre, abandonó la fuerza como arma y se replegó a la obstrucción parlamentaria. Las medidas represivas adoptadas por el gobierno durante la rebelión constituyeron el arma propagandística de las izquierdas en su nuevo programa de ataque.

Lo frecuente de las interpelaciones parlamentarias sobre este particular se convirtió en obstrucciones que bloqueaban los esfuerzos del sector de centro-derecha por añadir una legislación concerniente a alguna de las reformas sociales más importantes que habían introducido en su programa. Boicoteando las sesiones durante las votaciones, la izquierda obligaba al gobierno a jugarse la cabeza cada vez que la ley patrocinada por las derechas alcanzaba el momento de la votación, con lo que se conoce en España como la «guillotina parlamentaria».

La «guillotina» fue una artimaña parlamentaria ideada por las izquierdas y muy en boga durante el primer gobierno de Azaña.

1. Indalecio Prieto no huyó de España en un cajón de toro, sino en el maletero de un Renault, conducido por Ignacio Hidalgo de Cisneros —futuro Jefe de la Aviación leal al gobierno de Madrid—, que atravesó sin sospechas la frontera. A finales de octubre estaba huido en París. Antes había estado escondido en varios domicilios de correligionarios suyos, como la casa del ex ministro socialista Fernando de los Ríos, en el barrio de Salamanca de Madrid. (*N. del Editor.*)

Resulta muy efectiva contra los boicots, pero es peligrosa por requerir una absoluta mayoría de todos los reunidos en la sesión. Si no se consigue alcanzar esta mayoría, equivale a un voto de censura, y la dimisión del gobierno es automática. Naturalmente, sólo se aplicaba la «guillotina» a aquellas medidas que el gobierno llevaría adelante cuando tenía asegurada la mayoría de los votos.

Mientras tanto, continuaba la aparente calma. En aquel año circularon algunos rumores inquietantes. Pero ninguno de ellos se materializó. La colonia norteamericana establecida en Madrid se dispuso a disfrutar de aquel período sin huelgas, que anteriormente habían convertido la vida en la capital en una serie de frecuentes disturbios. Habíamos tenido que privarnos durante tanto tiempo de tal cantidad de comodidades que se nos hacía extraño el que todo funcionase con placidez. En los años anteriores nos habíamos acostumbrado a las huelgas. Cuando no estaban cerrados los bares, los taxis no funcionaban por culpa de alguna huelga. Y si en el techo aparecían goteras, o se estropeaba el ascensor, sacábamos los cubos para recoger el agua o nos armábamos de paciencia para subir a pie las escaleras hasta que la huelga pasaba. Periódicamente, las huelgas mantenían nuestras mesas desprovistas de pan, carne y verduras, cerraban los teatros, y nos hacían retrasarnos en nuestras citas. Si no había huelgas revolucionarias con gran despliegue de pólvora, entonces eran las pasivas, las llamadas huelgas de «brazos caídos», predecesoras de las «sentadas» en Estados Unidos.

Funcionaba la industria, el transporte era regular y se podía salir seguro a la calle. Parecía demasiado bueno para ser cierto. De hecho, demasiado bueno para satisfacer a la oposición, que buscaba en derredor suyo una nueva arma que utilizar contra la combinación Lerroux Gil Robles. El tema de la represión asturiana ya no enardecía a las masas. La estrategia necesitaba echar mano de algo que minase la confianza del pueblo en el viejo gobierno conservador. Los dioses enviaron a Daniel Strauss.

Strauss, un afable holandés nacionalizado en México, había cobrado fama considerable como promotor de acontecimientos deportivos en Europa. Mi primer contacto con él tuvo lugar en Barcelona, donde promovió el combate Schmeling-Uzcúndun, en mayo de 1934. Volví a encontrarme con él en el hall del Hotel Ritz de Madrid algunas semanas más tarde. Dando por sentado que estaría desarrollando algún nuevo proyecto de carácter deportivo, le pregunté de qué se trataba.

—Nada que se pueda comparar a aquel fracaso de Barcelona —me dijo—. En aquello perdí dinero. Esto es algo que vale la pena. Todavía no puedo decirle en qué consiste. Pero deme su tarjeta. Cuando la noticia esté madura se lo diré antes que a nadie.

No le volví a ver hasta el otoño siguiente. Estaba sentado en el vagón restaurante del expreso Barcelona-Madrid, y sus acompañantes eran Pich y Pons, entonces alcalde de Barcelona, y otros dos hombres a los que no conocía. Strauss me daba la espalda y hablaba en tono bajo y confidencial. Confiando en que podría enterarme de algo, envié a su mesa una tarjeta mía. En lugar de invitarme a que me reuniera con ellos, se acercó él a mi mesa.

—Esa noticia no está todavía madura, pero pronto lo estará —dijo mientras tomaba asiento—. No obstante, puedo darle una idea de lo que se trata. España va a borrar del mapa a Montecarlo. ¿Comprende lo que quiero decir?

—¡El juego! —le respondí—. Está totalmente prohibido en España desde hace años.

—No importa. Lo traeremos de nuevo. Gran negocio. Casinos en San Sebastián, Palma de Mallorca, Barcelona y Madrid. El gobierno está dejando escapar una fortuna en impuestos. Mire San Juan de Luz. ¿Por qué consentir que los franceses se lo queden todo?

—Ya se ha intentado antes —le recordé—. La gente siempre se ha opuesto a ello. Lerroux ha rechazado a varios empresarios

importantes que le hicieron proposiciones magníficas. No creo que consiga usted una concesión.

Strauss se inclinó sobre mí y señaló con el pulgar por encima de su hombro.

—¿Ve usted a ese joven que está sentado junto a Pich y Pons? Pues es Aurelio Lerroux, el sobrino del Presidente. Lerroux le quiere tanto que le ha adoptado como hijo suyo. El viejo hace lo que Aurelio le pide. Contamos con él y con muchos otros peces gordos. No puede fallar. Cuando llegue el momento, usted tendrá su noticia y va a ser sensacional. ¡Se juegan millones, chico, millones!

No volví a ver a Strauss ni a tener noticias suyas. Cuando, semanas más tarde, recibimos de nuestro corresponsal en San Sebastián una breve nota en que relataba que el Casino se había inaugurado la noche anterior, pero que unas horas más tarde era clausurado por la policía, pensé: «Strauss me la ha jugado. Le está bien...».

Había olvidado totalmente lo ocurrido, cuando, unos siete meses más tarde, uno de nuestros reporteros españoles, que hacía la crónica de una rutinaria sesión en el Congreso, me llamó excitado.

—Zamora ha enviado una nota al Congreso... Exige una investigación... Algo relacionado con una concesión de juego... No se pueden proporcionar todavía detalles, pero parece ser que Lerroux y otros muchos están complicados en el asunto... Zamora sostiene que un promotor ha manifestado haber pagado trescientas cincuenta mil pesetas por la concesión, pero que se clausuró tan pronto como fue inaugurado el Casino, y quiere que le sea devuelto su dinero...

Hubo desórdenes en gran número de sectores. Fueron atemorizados los votantes y volcadas muchas urnas a cuyo contenido se prendió fuego. A pesar de estas medidas, las derechas obtuvieron 4.570.000 votos contra los 4.356.000 de las izquierdas

«Debe de tratarse de Strauss», pensé. Me arriesgué a mencionar a Strauss como probable responsable en mi primera crónica. Al día siguiente comprobé que mi suposición era correcta. La noticia había salido a la luz del día. El viejo presidente del Consejo consiguió esclarecer su propia inocencia en lo concerniente al soborno, pero su sobrino y otros más estaban implicados hasta las orejas en el asunto. Las oraciones de la oposición habían sido escuchadas.

El sensacional escándalo allanó el camino y condujo a la izquierda a ejercer presión sobre el presidente de la República, Alcalá Zamora, para que disolviera las Cortes. El Presidente se hallaba en una situación apurada, ya que la Constitución prevé y estipula que un presidente pueda disolver las Cortes sólo dos veces en el espacio de los seis años que dura su mandato, y que está sujeto a acusación si no puede justificar la segunda disolución ante las nuevas Cortes. Él había disuelto las Cortes Constituyentes en 1931, pero pensaba que aquello no debía ser considerado como una disolución ordinaria, ya que afectó únicamente a una asamblea constituyente. Si se tomaba en cuenta, como algunos pretendían, entonces Alcalá Zamora se vería obligado a responder, ante las nuevas Cortes, de esta segunda disolución. Si acertaba a justificarse, permanecería en su puesto, pero sus prerrogativas disolutivas se habrían agotado y no le quedaría arma alguna que poder utilizar sobre el Parlamento.

Era éste un punto interesante. Los especialistas en leyes constitucionales a los que solicitamos su opinión estaban divididos por igual en sus pareceres sobre si una asamblea constituyente española era o no un parlamento en forma. Tal y como se presentaron las cosas, la cuestión no llegó a debatirse. Alcalá Zamora, comprendiendo que no le quedaba otra alternativa que disolver las Cortes y convocar unas nuevas elecciones, redactó el decreto de 7 de enero de 1963. Las elecciones se fijaron para el 16 de febre-

ro. Aquel acto fue su condena a muerte política. Tres meses después era relevado de su puesto.

Mientras tanto, Azaña se mantenía eclipsado. Desde el otoño de 1933, su nombre, en el escenario político, sólo se había oído una vez y en un momento fugaz. Fue cuando compareció en las Cortes y, mediante una defensa maestra, se salvó de ir a prisión acusado de complicidad con Companys en la rebelión de octubre de 1934 en Barcelona. Había estado en esa ciudad antes y después del levantamiento, y había mantenido numerosas conversaciones con Companys. Su defensa constituyó uno de los mejores ejemplos de oratoria que jamás he escuchado. Tuvo sus efectos, y Azaña fue absuelto. Ahora resurgía en un nuevo papel, el que le conduciría a la presidencia. Organizó el Frente Popular de Izquierda. Socialistas, anarquistas, comunistas y republicanos de izquierdas fueron llamados a militar en sus filas. Los de derechas sostenían que aquello no podría llevarse a cabo, pero él los acogió a todos. Esta hazaña le ganó la admiración hasta de sus más acerbos enemigos. Los socialistas y los comunistas habían llegado a una *entente*,² pero Izquierda Republicana y los anarquistas estaban tan distanciados unos de otros como las mismas estrellas y, a su vez, no tenían nada en común con los socialistas comunistas. Al reunir Azaña estos elementos discordantes en uno solo, hizo honor a su reputación de ser el más astuto e inteligente político de España.

Presenció su primera alocución durante su primera concentración de masas. Fue la mayor multitud reunida que se había

España pisaba los umbrales de una nueva era de mandato izquierdista que iba a hacerla mantenerse en las primeras planas de la prensa mundial más de lo que lo estuviera jamás

2. En francés en el original. (*N. del Traductor.*)